

Conceptuándose seguro por parte de Prusia, Napoleón se dió prisa á descubrir sus intenciones respecto de Austria, y el mismo quince de Diciembre, en que Haugwitz suscribiera el tratado, comunicó sus instrucciones á Talleyrand. «En el apéndice, escribió á su ministro, encontraréis el tratado que he firmado con Haugwitz. Mi resolución es ajustar á él las condiciones de paz con Austria... Es preciso que se me den dos meses de plazo para evacuar el territorio, pues estoy ocupado en el asunto de las indemnizaciones de guerra, que en todas partes empiezan á recaudarse. Cuando tengáis preparado el proyecto de tratado, enviádmelo para su aprobación, y en seguida notificadlo á los ministros austriacos, asegurándoles que no cambiaré en él una sola palabra, que tienen que escoger entre la paz y la guerra, que no ignoro los esfuerzos que hacen para poner á los prusianos en movimiento, y en que, en su vista, me creo dispensado de guardar ninguna consideración. Esta es la única manera de tratar con esa gente». Napoleón hablaba como amo, y puesta el Austria en la terrible alternativa de consumir su ruina continuando la guerra, ó de sufrir las ominosas condiciones que el vencedor le dictaba, optó por esto último. Los negociadores se habían trasladado á Presburgo, y aquí se ajustó, el veintiséis de Diciembre, el tratado que lleva el nombre de dicha ciudad, y que no fué un convenio, sino una verdadera capitulación, como alguien expuso acertadamente. Austria se desprendían de Venecia, Istria, el Friul y Dalmacia, en beneficio del reino de Italia; del Tirol y Vorarlberg, que pasaban á Baviera; de los territorios de Suabia, destinados á Wurtemberg; de Brisgau, de Orteanu y de la ciudad de Constanza, cedidas á Baden. Renunciaba al patronato de la nobleza inmediata; reconocía el título del Rey otorgado á los electores de Baden y de Wurtemberg; aceptaba todo lo hecho en Italia, y consentían en callar acerca de Nápoles. Como compensada á tantos sacrificios, se daba á uno de sus archiducos el principado de Würtemberg. Perdía Austria sus mejores provincias, equivalentes á una quinta parte de su territorio, y casi todas sus salidas al mar. Hubiera sido preferible aniquilarla del todo, á dejarla vivir después de reducirla á la desesperación. Su enemistad, que había sido hasta entonces meramente circunstancial, debía revestir en lo sucesivo el carácter de odio á muerte. Nadie se engañó en este punto cuando se conocieron las estipulaciones de Presburgo. El archiduque Carlos dijo á sus soldados al licenciarlos: «Hijos míos, reponeros de vuestras fatigas mientras llega la hora de comenzar otra vez».

Celebró Napoleón la firma de la paz dirigiendo á su ejército un manifiesto el veintisiete de Diciembre, donde acusaba á la dinastía napolitana de haber violado la neutralidad prometida al tolerar que desembarcasen en el golfo de Nápoles el veinte de Noviembre trece mil seiscientos rusos, cinco mil seiscientos ingleses y otras fuerzas, levantándose con ellos en armas contra Francia. Era dicho documento una sentencia de destitución pronunciada en toda regla, revelando elocuentemente su lenguaje el desprecio de Napo-

león á las testas coronadas. Después de afirmar su autor que por tres veces había perdonado á los Borbones de Nápoles, proseguía: «¿Podremos confiar por cuarta vez en una corte sin lealtad y sin juicio? No; la dinastía de Nápoles ha dejado de reinar; su existencia es incompatible con la tranquilidad de Europa y con el honor de mi corona. Soldados, en marcha, arrojad á las olas á esos parálíticos batallones del tirano marítimo si llegan á oponeros resistencia. Mostrad al mundo de qué modo castigáis el perjurio. No dejéis de participarme que toda Italia está sometida á mis leyes ó á las de mis aliados, que el país más hermoso del mundo está libre del yugo del más desleal de los hombres». La ejecución de esta sentencia se encargó al mariscal Massena y al general Saint-Cyr, debiendo José, el hermano del Emperador, asumir, en representación de éste, el mando supremo y recoger después la herencia de los Borbones destronados.

Napoleón, que acababa de introducirse violentamente en el cenáculo de los reyes, para disimular los humildes orígenes de su familia había realizado varias tentativas, á fin de hacerla emparentar con las casas soberanas, fijándose principalmente, por razones fáciles de comprender, en las de Babiera, Wurtemberg y Baden. No habían sido bien acogidas sus indicaciones; pero, después de Austerlitz, manda, no solicita, y por su sola voluntad se celebra el matrimonio de la princesa Augusta, hija del elector de Babiera, que estaba á punto de dar su mano al elector de Baden, con el príncipe Eugenio, y el desposado de aquella había de casarse con la princesa Estefanía de Beauharnais, y la hija del elector de Wurtemberg con el príncipe Jerónimo. Mas no colmaban la ambición de Bonaparte ni estos brillantes enlaces, ni el ver al Austria desmembrada, á Rusia vencida, y humillada á Prusia; pensaba transformar radicalmente el sistema europeo. La evocación del recuerdo de Carlomagno cuando se ciñó la corona imperial, no había sido á sus ojos un simple efecto retórico, como pudo comprobarse después de Austerlitz. Claro es que la federación de Estados con que soñaba nada tenía de común con la carlovíngia; él perseguía la unidad más estrecha y la centralización más absoluta; los reinos vasallos de que intentaba rodearse, no debían ser sino meros instrumentos de su propia dominación. Su sistema federativo, que algunos presentan como una concepción genial, era la máscara con que se encubría el más descarnado despotismo.

Con la conquista de Nápoles, que se verificó sin dificultad, quedaba Italia entera sometida al imperio Napoleónico, sin más excepción que los Estados del Papa, al cual había de durarle poco tiempo la ilusión de su soberanía. Pío VII regresó á Roma, como sabemos, con el corazón destrozado por las amargas devoradas en silencio y los desengaños recibidos en París. La tirantez de sus relaciones con el emperador aumentó progresivamente. Pidióle el último que declarara nulo el matrimonio de su hermano Jerónimo con la señorita Patterson, americana honrada y distinguida, aunque careciese de títulos nobiliarios; pero el Pontífice, con gran sorpresa por parte de Napoleón, opuso resistencia

invencible á condescender á lo solicitado. Reconoció, sí, que existía causa de nulidad en dicho matrimonio con arreglo al concilio de Trento, por ser clandestino; pero no habiendo podido demostrarse que se publicaran nunca el Baltimore, donde el casamiento se efectuara, los cánones del citado Concilio, le era imposible, agregaba, declarar su disolución «so pena de hacerse responsable de un abuso abominable ante el tribunal de Dios». Estos escrúpulos exasperaron á Napoleón, que ponía sus deseos y aun sus caprichos por encima de toda clase de consideraciones, fuesen de carácter temporal ó espiritual, civil ó religioso. No tardaron en sobrevenir nuevos motivos de disgusto entre los dos soberanos. El Emperador, al comenzar la campaña contra Austria, mandó á Saint-Cyr ocupar á Ancona, que pertenecía á los Estados romanos, sin curarse siquiera de avisar al gobierno pontificio, el cual protestó invocando los derechos de su neutralidad reconocida y respetada por Europa entera. Cuando Napoleón contestó al Papa, había ya vencido á los coaligados en Austerlitz, rebosando en su carta, y más aún en otra que escribió al cardenal Fesch, la soberbia de que estaba poseído. «Soy religioso, decía al cardenal, pero no santurrón. Constantino separó lo civil de lo militar, y yo también puedo nombrar un senador que mande en Roma en mi nombre... Para el papa soy Carlomagno; porque, como Carlomagno, reuno la corona de Francia á la de los Lombardos y mi imperio confina con el Oriente... Si se conduce bien, no alteraré en nada las apariencias; más en otro caso, reduciré al Papa á ser obispo de Roma». En su respuesta al Pontífice, alegaba, para justificarse de haber ocupado á Ancona, su carácter de «protector de la Santa Sede, de sucesor de los reyes de la segunda y la tercera dinastía». Siguió la correspondencia entre Pío VII y Napoleón, en tono de unción y mansedumbre, no exento de ironía por parte del segundo. El Papa rehusaba someter en absoluto á las miras del Emperador, y puede decirse que, desde este momento, su expulsión de Roma era cosa resuelta en el ánimo de «su protector», faltando sólo la forma, los pretextos y la ocasión de llevar á la práctica este pensamiento.

Firme Napoleón en su empeño de rodearse de reyes vasallos, dió, como había pensado al decretar la conquista de Nápoles, la corona de este reino á su hermano José, y transformando á Holanda en monarquía, proclamó soberano de ella, sin consultarle, á otro hermano suyo, á Luis, el cual subió con repugnancia al nuevo trono, presintiendo acaso la dura esclavitud que iba á sufrir bajo la aparente grandeza que se le destinaba. Napoleón completó este sistema de grandes feudos creando multitud de soberanías subalternas, lo que le permitió dotar con largueza á sus parientes y servidores, á expensas de los países subyugados y sin que costase un céntimo á su tesoro. En su consecuencia, Paulina Borgliere recibió el ducado de Guastalla, que por cierto vendió al poco tiempo; Berthier, el principado de Neufchatel, que Prusia debía entregar á cambio de Hanóver; Murat, el ducado de Berg, cedido por Baviera; Bernadotte, el principado de Ponte-Corvo; Talley-

rand, el de Benevento, y Lebrun, el ducado de Plasencia. Los Estados venecianos proporcionaron por sí solos doce feudos, cuyos titulares habrían de designarse ulteriormente. Para coronar el grandioso edificio, preparóse Napoleón á reorganizar la Confederación germánica; pero antes de lanzar á la publicidad este proyecto, más amenazador para la paz de Europa que ninguno de los anteriores, se propuso obtener de Prusia la ratificación del tratado de Viena, ó mejor dicho, de Schæmbrunn, ó intentar un arreglo ya con Rusia, ya con Inglaterra.

Haugwitz se equivocó al calcular el efecto que su obra diplomática iba á producir en su patria. En vez de los aplausos que esperaba, todas las clases de la sociedad prusiana, al conocer las estipulaciones de Schæmbrunn, demostraron enérgicamente su indignación; y hasta en la misma corte resonaron voces de protesta. Napoleón había exigido que las ratificaciones se canjearan en el plazo máximo de tres semanas; pero Federico Guillermo, presa de cruel perplejidad, entre aceptar lo convenido íntegramente ó rechazarlo en redondo, adoptó un término medio, que fué ratificarlo emitiendo ó variando algunas cláusulas que estimaba contrarias á su dignidad ó lesivas á los intereses de sus Estados. El conde Haugwitz partióse á Paris, para someter á la aprobación del Emperador las modificaciones introducidas en el tratado que Laborest, representante de Francia en Berlín, consintió en suscribirle condicionalmente bajo su nueva forma, reservando la resolución definitiva á su soberano.

Pocos días después, el veintitrés de Enero de mil ochocientos seis, Pitt, el enemigo más temible y perseverante de Napoleón, exhalaba su último suspiro: enfermo desde hacía tiempo, la noticia del desastre de Austerlitz aceleró el término de su vida. Sucedióle Fox en la dirección de los negocios públicos, y como el gran orador, á diferencia del eminente hombre de Estado, se señalara entre los políticos ingleses por simpatizar con el pueblo francés y con Napoleón personalmente, acarició este último la esperanza de poder reconciliarse con Inglaterra. Consecuencia de ello fué que en el acto se mostrara más exigente con Prusia, de modo que, en lugar de acceder á los cambios propuestos en el tratado de Schæmbrunn, exigió á aquella potencia que renunciase al margraviado de Bayreuth y á otros territorios, que reconociese todos los cambios que se operaban en Italia y, por último, que se comprometiera formalmente á cerrar al comercio inglés las bocas del Elba y el Weser, Haugwitz firmó gimiendo las onerosas condiciones que se imponían á su patria; pero esta vez, no atreviéndose á llevar él mismo el tratado á Berlín, lo envió con el embajador Lucchesini. No había éste salido aún de Francia, y ya Napoleón, como si las nuevas estipulaciones gozasen de plena autoridad, ordenó, á virtud de una de ellas, al mariscal Bernadotte que ocupase con su cuerpo de ejército el territorio de Anspach. Prusia comprendió que debía escoger entre el tratado y la guerra, y en estos mismos términos se planteó la cuestión en casa de Hardemberg y el veinticuatro de Febrero, en una confe-